LA CRUZ ~~vol. 31~~ (1951)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1951

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 30 2003
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BR7 .C78

Cruz.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/lacruz3136miss_3

LAP

"LA CRUZ"

AÑO XXXI NUM. 369
1o. de Septiembre de 1951

"Sacerdos, alter Christus"

A tradición cristiana ha encontrado una fórmula feliz para expresar la dignidad del sacerdocio cristiano: **"el sacerdote es otro Cristo"**.

En estos tiempos en que los enemigos de la Iglesia han denigrado tánto al sacerdote, es muy necesario que los fieles reafirmen su fe en la dignidad sacerdotal, que permanece intacta a pesar de todas las debilidades humanas.

Para esto bastará hacer ver cómo el sacerdote es Cristo, porque prolonga **su vida** y **su acción** en medio de nosotros.

En Jesucristo podemos distinguir dos cosas: **su ser y su dignidad**, por una parte; **su actividad y su acción**, por otra; el sacerdote tiene un reflejo de esa dignidad y su acción no es otra cosa que la continuación de la obra de Jesucristo en el mundo. Tales son los dos puntos que trataremos brevemente.

* * *

¡Qué grandiosa aparece la figura divina de Jesucristo! Todos los siglos que lo preceden forman su grandioso pedestal; todos los siglos que le siguen no son sino el vasto campo donde se desarrolla su acción. No es como los soberanos de la tierra que pasan y mueren; es "**el Rey de los siglos, el Rey inmortal, a quien sólo se debe todo honor y toda gloria en los siglos de los siglos**", y que "**lleva en su vestidura escrito: Rey de los reyes y Señor de los que dominan**". El es el centro de la historia y la cúspide del universo. Todas las cosas han sido creadas no sólo por Él —**per quem omnia facta sunt**—, sino para Él. Él es el fin inmediato de toda la creación, como en admirable síntesis lo afirma San Pablo: "**Omnia vestra sunt; vos autem Christi; Christus autem Dei** — Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios". En Él, por consiguiente, Dios "**ha recapitulado todas las cosas**", ha sintetizado toda la creación, ha compendiado el cielo y la tierra. Es el gran puente que ha salvado el abismo entre el hombre pecador y el Dios santísimo. Por eso se le llama **Pontifex,** Pontífice. Él es el lazo de unión que une lo más bajo y lo más elevado, "**ubi ima summis junguntur**"; por eso, mientras sus plantas huellan el polvo de la tierra, su frente se nimba con los fulgores de la Divinidad.

La dignidad de Jesucristo nace no solamente de que su Cuerpo y su Alma son perfectísimos, sino de que ese Cuerpo y esa Alma fueron tomados y asumidos por la Persona del Verbo, de tal manera que se realizó en Jesucristo lo que parecía un imposible: un hombre, —un hombre verdadero, de nuestra propia raza, de nuestro linaje humano—, un hombre se hizo Dios, Dios verdadero, sin hipérbole ni metáfora; así nos lo enseña la fe: Jesucristo es al mismo tiempo Dios verdadero y verdadero hombre. Esta unión personal es lo que se llama **unión hipostática.**

Y como las acciones reciben su valor de la persona a quien se atribuyen, todos los actos de Jesucristo, aún los actos humanos más insignificantes, son **teándricos,** es decir, aunque materialmente humanos, son divinos por la persona que los hace, y de una dignidad y de un mérito infinitos. Por eso, "**una sola gota de su sangre hubiera lavado al mundo de todas sus iniquidades**"; menos aún, una lágrima, un suspiro, una palabra, hubieran bastado para redimir a la humanidad, porque todos esos actos son de un valor infinito. Si Jesucristo nos dió todas sus lá-

grimas, toda su sangre, toda su vida, es porque el amor no conoce límites y un amor divino debía llegar a todos los excesos...

* * *

Ahora bien, el sacerdote participa de esta dignidad y toca, en cierta manera, el orden hipostático.

El carácter que la ordenación sacerdotal imprime en el alma del sacerdote es un sello que le da una semejanza especial con Jesucristo.

Sellamos las cosas para declarar que nos pertenecen. Por eso se acuñan las monedas con la efigie del soberano que las expide; por eso sellamos los libros de nuestra biblioteca; y los grandes pintores firman sus cuadros, y los manuscritos se autorizan con un sello.

El sello perfecto es algo nuestro, es una semejanza y una imagen nuestra: en los escritos, es el estilo del autor; en los discípulos, es la ciencia que les inculca su maestro; en las almas dirigidas, es la virtud del director espiritual; en los hijos, el parecido moral o físico es el sello de la paternidad.

Es que en todo lo que hacemos dejamos algo nuestro, en todas nuestras obras ponemos nuestro sello personal, y tanto más, cuanto la personalidad es mayor. Por eso, cuando Dios creó al hombre, dijo: **Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza**". Esa imagen no es sólo la espiritualidad del alma y sus potencias que conocen y aman a semejanza de Dios; es algo divino que Dios puso en el "**Sancta Sanctorum**" del alma; y como divino es indestructible e imborrable, de manera que perdura aún en el alma del mismo réprobo.

Cuando preguntaron a Jesucristo si era lícito pagar el censo, pidió que le mostraran la moneda con la cual se pagaba; y como ésta tenía le efigie del César, pudo decir: "**Dad al César lo que es del César**"; y como el alma tiene la imagen de Dios, concluyó: "**Y dad a Dios lo que es de Dios**".

Para purificar esa imagen afeada por el pecado vino al mundo Jesucristo; y al redimir y volver a hacer suyas a las almas, Cristo las selló de nuevo con su sello propio, como Dios-Hombre. Ese sello es el carácter que en el alma imprime el bautismo. Y porque es una imagen de Cristo, debe reproducir lo que hay en Él de más caracte-

rístico. Jesús ante todo es el sumo y eterno sacerdote, título que resume todo lo que Él es. Porque es Sacerdote, es mediador entre Dios y los hombres, y redime a los hombres, y glorifica a Dios.

Por eso todos los cristianos participan de alguna manera del sacerdocio de Cristo para ofrecer hostias espirituales, sacrificándose en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Pero de entre todos los cristianos, Jesucristo segregó a un grupo escogido para que no solamente participara de una manera genérica de su sacerdocio, sino para que tomara parte en **el sacerdocio ministerial**, con todos sus poderes y todas sus atribuciones. Y para eso, estableció el Sacramento del Orden, que imprime en el alma **el carácter sacerdotal**. Y éste no es otra cosa que una asimilación y una semejanza acabada —en cuanto es posible— con Jesús Sacerdote, y una participación de sus poderes, de su autoridad y de su misión.

El carácter sacerdotal es una participación del Sacerdocio eterno de Cristo: cuando ha impreso ese carácter en un alma, puede decirle con toda verdad: "**Tú eres mi sacerdote; y lo eres para siempre**". Ese carácter es indeleble, es eterno.

Por eso el sacerdote representa y prolonga en medio del mundo la figura adorable de Cristo; por eso el pueblo cristiano con profunda fe se postra a sus plantas, y besa sus manos, y puede decir con toda verdad: "**Son los Cristos de la tierra**".

* * *

Pero no solamente participa el sacerdote de la dignidad de Jesucristo, sino sobre todo continúa su misión a través de los siglos.

En la obra de Jesucristo podemos distinguir dos etapas: **la adquisición** de todas las gracias que necesita la humanidad para ser redimida, justificada y salvada, y **la aplicación** de estas gracias así adquiridas a cada uno de los fieles en el transcurso de los siglos. Lo primero lo realizó Jesucristo con su vida, pasión y muerte, fuente de méritos infinitos y precio de todas las gracias que habían de llover sobre el mundo. La aplicación de estas gracias Nuestro Señor la hizo rarísimas veces en el círculo limitado en que vivió durante los años de su vida mor-

tal; pero dejó a sus sacerdotes la misión de aplicar estas gracias adquiridas por su Sangre a todos los fieles hasta el fin de los tiempos.

Jesucristo instituyó el Bautismo sumergiéndose en las aguas del Jordán, pero no sabemos que lo haya administrado alguna vez; los sacerdotes se fatigan administrándolo innumerables veces. Jesucristo absolvió a la Magdalena, a la mujer adúltera, al paralítico, al Buen Ladrón; los sacerdotes sin cesar levantan la mano para perdonar. Jesucristo consagró una sola vez; los sacerdotes consagran diariamente y millares y millares de veces. Jesucristo predicó solamente los últimos tres años de su vida y tan sólo en un rinconcito del mundo; los sacerdotes predican constantemente, y del oriente al occidente, y del polo norte al polo sur. Si Jesucristo saliera de la prisión de su Sagrario y de una manera visible prolongara su vida apostólica a través de los siglos, no haría otra cosa que lo que hace el sacerdote.

Como Jesús, el sacerdote pasa predicando, perdonando, bendiciendo, curando las enfermedades del alma, resucitando a los muertos por el pecado, haciendo el bien por todas partes, "**pertransiit benefaciendo**".

Para comprender la obra del sacerdote basta suponer un momento que no existiera uno sólo sobre el mundo: nuestros altares sin sacrificio quedarían desolados; nuestros Sagrarios se verían vacíos; no tendríamos una sola Hostia consagrada; no habría una voz autorizada que nos dijera: "**Ve en paz, tus pecados te son perdonados**"; ni tendríamos quien en las angustias de la agonía nos devolviera la paz y nos abriera las puertas de la eternidad.

Con razón decía el Santo Cura de Ars: "**Suprimid al sacerdote en un lugar, y donde antes adoraban a Dios pronto adorarán a las bestias**".

El sacerdote, pues, en unión con Jesucristo, continúa redimiendo al mundo.

* * *

Pero si el sacerdote participa de la dignidad de Jesucristo y coopera íntimamente a su obra, es justo y debido que también participe de su gloria; no en este mundo porque, a semejanza de Cristo, su vida es un viacrucis continuado en él que saborea tántas ingratitudes, tántas incomprensiones, tántos desprecios; pero sí en la otra.

¿Quién podrá ponderar y medir la gloria con que Dios corona a sus sacerdotes fieles y santos? Si ya en esta vida el ejercicio del ministerio produce a veces satisfacciones tan íntimas, ¿qué será en la otra vida donde el sacerdote encontrará a todas las almas que por su ministerio se salvaron y santificaron, y a las que podrá decir como San Pablo: **Hijitos míos, vosotros sois mi gozo y mi corona**''?

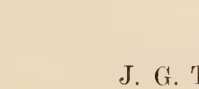
El célebre P. Perreyve, gloria del sacerdocio católico, fué arrebatado a la vida en la flor de la edad, cuando su ministerio estaba henchido de esperanzas; y sintiéndose ya herido de muerte, concluyó el último de sus sermones en la Sorbona con estas memorables palabras: *''¡Ah, morir con el gozo santo de saber que jamás se ha hecho el menor mal a una sola alma! ¡Morir con la confianza de no haber jamás escandalizado a uno solo de esos pequeños, de los que el Señor dijo: ''Sus ángeles contemplan la faz del Padre que está en el cielo''! ¡Morir con la certeza felicísima de no haberse aprovechado nunca de una debilidad, ni abusado de una pobreza, ni engañado una ignorancia; con el honor de no haber encontrado nunca ante sí la debilidad sagrada de la hija de Dios, sino para respetarla, protegerla y defenderla; morir en fin, diciéndose que nunca se ha extendido ni en una pulgada el imperio del mal sobre la tierra; antes bien, que se ha propagado el imperio del bien; que se han gastado el espíritu, los años, la fortuna y las fuerzas en sostener el reinado de la justicia y de la verdad!''*

¡Qué dicha morir así!

Y en ese momento feliz en que empiece a apuntar para el sacerdote la aurora del eterno día aparecerá el Príncipe de los Pastores y pondrá sobre sus sienes una corona de gloria que no se marchitará jamás: ''**Cum apparuerit princeps pastorum, percipietis inmarcescibilem gloriae coronam!**''

¡Fiat! ¡Fiat!

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.



El Camino regio del Amor

— XVII —

Amor y Espíritu de la Cruz en la Vía Purgativa

AL mismo tiempo que me propongo terminar en este artículo lo relativo a la vía purgativa, quiero enseñar o recordar una doctrina muy consoladora.

Pudiera pensarse: si para vivir la vida espiritual, primero hay que despojarse de todo lo terreno, arrancar del corazón todos los afectos; después hay que ir a Nuestro Señor por caminos misteriosos y largos; y por último, seguirlo conforme el camino y la vocación de cada quien... el asunto es interminable.

Porque eso de acabar con los defectos, acabar con el YO, requiere muchísimo tiempo. Y mucho tiempo también, todos los esfuerzos que es necesario hacer para llegar a la unión con Nuestro Señor... De manera que, si bien nos va, ya cuando nos estemos muriendo de viejos, podremos seguir a Nuestro Señor y cumplir nuestra misión.

Pero no es así, afortunadamente.

Cuando decimos que la primera etapa de la vida espiritual se caracteriza por tal cosa, y la segunda por tal otra, y la tercera por la de más allá, no se quiere decir que exclusivamente tengan aquello: eso es lo que domina, lo más característico; pero en las 3 etapas de la vida espiritual hay todo.

De manera que la vida espiritual siempre está completa —por decirlo así— en todos sus elementos; nada más que en las distintas etapas domina uno u otro.

El pecador acabado de convertir tiene, en cierto sentido, todo lo que tiene el santo: la gracia, y la caridad,

y las virtudes, y los dones. En esa vida espiritual del que comienza están ya todos los elementos de toda vida espiritual, aunque en germen, no en su pleno desarrollo. Así como en un niño recién nacido está toda la naturaleza humana, no bien desarrollada, pero allí está toda; así en las almas que comienzan está todo, aunque no en su perfecto desarrollo.

Y en cada etapa de la vida espiritual están todos los elementos de esa vida, nada más que no están todos perfectamente desarrollados, y en cada etapa domina algo especialmente.

En la vía purgativa claro está que domina la lucha contra nuestros defectos, ese despojo de todo lo terreno, esa lucha contra el YO, para destruirlo. Pero no quiere decir que en la vía purgativa no haya esfuerzos para unirse con Dios. Acabo de explicar cómo se hace oración en la vía purgativa, y cómo en la vía purgativa se puede perfectamente convertir en oración nuestras ocupaciones e impregnar nuestra vida de oración.

Además, también en la vía purgativa se puede seguir a Jesús. Eso de seguir a Jesús no se queda ya para los últimos años, no: se le puede seguir siempre. Sólo que se le sigue más de lejos, más imperfectamente, pero se le sigue al fin.

Seguirlo perfectamente, ser Jesús, transformados en Él, y hacer la obra de Jesús, eso es ya la Unión Transformante. Es algo altísimo.

Pero seguir a Jesús, si se me permite la expresión, "a lo pobre", es decir, en cuanto es posible a nuestra pequeñez, eso lo podemos hacer siempre.

Todo discípulo de Jesús lo sigue. Naturalmente que lo sigue con muchas imperfecciones, pero lo sigue.

Y de la misma manera, el espíritu de la Cruz se realizará plenamente allá en las cumbres; pero no necesitamos llegar a esas alturas para empezar a adquirirlo, sino que ya desde la vía purgativa podemos tenerlo y, por consiguiente, podemos seguir a Jesús, y seguirlo según la manera especial que Él ha determinado que lo sigamos.

Verdaderamente es una doctrina consoladora, porque quiere decir que en cualquier etapa de la vida espiritual en que nos encontremos, tenemos la vida espiritual completa. Que domine esto, que domine lo otro, sí, pero en todas hay amor, y en todas hay sacrificio, y en todas hay pureza, y en todas hay unión con Dios.

* * *

¿Cómo se puede seguir a Jesús conforme al espíritu de la Cruz, en las primeras etapas de la vida espiritual?

Tres cosas caracterizan al espíritu de la Cruz: la primera es el consuelo que se le debe proporcionar a Jesús.

Y eso es una joya. ¡Qué vocación más envidiable, consolar a Jesús! ¡Si consolar a cualquier hermano nuestro es una cosa tan bella, tan grande, tan divina... que será consolar a Jesús!

Pero ese consuelo se puede manifestar primero por el amor; pero después y principalmente, por el sacrificio.

Porque hay dos maneras de consolar a una persona: una es rodeándola de amor y de ternura cuando sufre, como tratando de que el amor que le manifestamos, le haga olvidar un poco o atenúe al menos la pena que experimenta.

Y otra, consiste en compartir con quien sufre las penas que lo atormentan.

Y esto es lo segundo que se encuentra en el espíritu de la Cruz: querer sufrir con Jesús. Por eso esas almas se ofrecen con Él al Padre Celestial.

Y ofrecerse con Jesús al Padre Celestial, no solamente es una cosa hermosa, delicada, sino efectiva.

Porque ofrecerse a Nuestro Señor no es como esas frases de cortesía que se tienen en el mundo: "**Esta es su casa**", decimos, y nadie va a tomarlo al pie de la letra. "**Soy su servidor y me tiene a sus órdenes...**" frases de cortesía que algo significan, mas no todo lo que expresan.

Pero en el ofrecimiento que hacemos de nosotros mismos a Jesús, eso sí es cosa seria, muy seria. Nuestro Señor puede tomarnos la palabra; o más bien dicho, estoy seguro de que nos la tomará, no en el sentido de que vaya a dar tal o cual sufrimiento extraordinario; pero sí en el de que verdaderamente acepta nuestra oblación y ¡bendito sea Dios!

Esa fórmula: "**Padre Eterno, yo te ofrezco a tu Verbo, Jesús, y juntamente con Él me ofrezco yo**", ¿qué quiere decir? —Quiere decir que ofrecemos al Padre a Jesús Víctima y que nosotros queremos ser víctimas con Él; que, unidos con Jesús, queremos en la misma oblación ofrecernos al Padre Celestial.

Esto es consolador para Jesús.

La Santa Iglesia, en su liturgia, pone a veces en los labios de Nuestro Señor las palabras de los Salmos: "**Vinieron sobre Mí los improperios y las humillaciones, y busqué quien padeciera conmigo y no lo encontré, y quien me consolara y no le hubo**".

Las almas de la Cruz quieren padecer con Jesús y quieren consolarlo. Pero la manera de consolarlo es precisamente ofrecerse a sufrir con Él. Es tanto como decirle: "Yo quiero que tus penas sean mis penas y me ofrezco a sufrirlas".

Naturalmente que las penas de Nuestro Señor, si nos las mandara tales como son, nos aplastarían; no alcanzaríamos a sufrirlas ni un momento sin morir, porque los dolores de Nuestro Señor sólo Él puede sufrirlos.

Pero Nuestro Señor, que nos ama y que conoce nuestra debilidad, nos mandará lo que podamos y lo que Él quiera, según sus designios. Pero de todos modos, lo que suframos, poco o mucho, lo sufriremos con Jesús y eso le servirá de consuelo, porque compartimos, aún cuando sea en una pequeñez, las penas de Jesús.

* * *

Todos los días hay un tiempo que está como destinado para consolar a Jesús: **la adoración al Santísimo.** Yo así la juzgo: es el momento en que oficialmente las almas de la Cruz, en nombre de todas, están consolando a Jesús. Pienso que las adoraciones no son propiamente para el provecho propio, no, sino que son para el consuelo de Jesús. Claro que consolando a Jesús, sacamos muchísimo provecho; pero no es el fin nuestro provecho propio.

En la oración de la mañana, por ejemplo, sí: es para buscar nuestra propia santificación y, al mismo tiempo, consolar a Jesús. Pero las adoraciones son especialmente para consolarlo, para acompañarlo, para rodearlo de ternura. Y ésas se pueden hacer y se deben hacer en todas las etapas de la vida espiritual.

Claro que más tarde, cuando se llegue a una alta perfección, las adoraciones serán muy perfectas y preciosas. Ahora no serán tanto, pero ya en parte le damos consuelo al Corazón santísimo de Jesús.

Y más a Él que sabe apreciar tan bien nuestros pobres esfuerzos. No es como los hombres, que muchas veces no comprenden; apenas lo que es muy notable, lo que es

muy perfecto... No, Nuestro Señor sabe comprender los esfuerzos de los débiles y de los pequeños, y se complace en ellos.

Por tanto, podemos también seguir a Jesús en la participación de sus íntimos dolores. Claro que no es, digamos así, lo propio de las primeras etapas de la vida espiritual; participar de una manera plena de la cruz íntima del Corazón de Jesús, se queda para las cumbres. Y aun en las cumbres, es una gracia especial de Nuestro Señor.

Pero si no se puede tener esa participación inefable de la cruz íntima de Jesús, sí se puede participar de su sacrificio y de su sacerdocio, por la oblación constante que de Jesús hagamos al Padre y, con Jesús, de nosotros mismos.

Esa es una manera de particpiar de su sacrificio. O si se quiere, no participamos ahora de los sufrimientos de Jesús, pero sí de la oblación de Jesús: nos ofrecemos para sufrir cuando y como Dios quiera que suframos.

Ofrecerse como víctima no quiere decir que después de unos cuantos días vaya a venir sobre nosotros algún dolor espantoso, ya sea de alma o de cuerpo. No; ofrecerse como víctima es decirle a Nuestro Señor que estamos dispuestos a sufrir lo que Él quiera.

Pudiéramos decir, hablando en el lenguaje humano, que es como firmarle a Nuestro Señor un cheque en blanco, para que ponga allí lo que Él quiera. Puede poner un gran sacrificio o puede poner los sacrificios ordinarios de la vida.

Pero es un gran mérito decirle: "Señor, yo estoy para lo que Tú quieras".

Y toda alma de la Cruz es un alma que se ofrece como víctima, porque ese es el espíritu de la Cruz.

Por consiguiente, podemos y debemos estar constantemente ofreciéndonos juntamente con Jesús para que nos inmole en la forma que le plazca.

Lo cual ya es participar de sus sufrimientos y ser un consuelo para el Corazón de Jesús: saber que hay quien esté dispuesto a compartir con Él sus penas y que, si no las comparte, es porque Él no lo ha determinado, pero a la hora que quiera, puede participarnos un poco de sus sufrimientos.

Claro que ser víctima perfecta y participar perfectamente del sacrificio de Jesús, es una cosa ya de las alturas, cuando el alma está transformada en Jesús. En-

tonces puede hacer la obra de Jesús y participar propiamente del sacerdocio de Jesús; entonces es cuando, de una manera eficacísima y perfecta, ofrece al Verbo y se ofrece a sí misma.

Pero si la participación perfecta del sacrificio de Jesús se tiene en las cumbres, de alguna manera se empieza a tener en todas las etapas de la vida espiritual.

* * *

Y también el tercer elemento, que es alcanzar gracias para las almas y especialmente para los sacerdotes, se puede tener en todas las etapas de la vida espiritual.

Claro que cuanto más perfecta sea el alma, más podrá alcanzar. Mientras más elevada esté en la vida espiritual, más podrá conseguir; porque, aunque las gracias que alcanzamos, las obtenemos por Nuestro Señor Jesucristo; Él tiene en cuenta también nuestros méritos, el grande amor que hay en nosotros, para atender a nuestras oraciones y a nuestras súplicas, y alcanzar gracias más copiosas para las almas.

De tal suerte que en las cumbres de la vida espiritual, las almas, con la oración y el sacrificio, pueden obtener muchas gracias para las demás almas y especialmente para las almas sacerdotales. Pero en todo el transcurso de la vida espiritual, podemos y debemos alcanzar esas gracias, en mayor o menor escala, pero debemos alcanzarlas.

Quizá se podría pensar: "Pero ahora, ¿qué gracias voy a alcanzar? ¡Han de ser unas gracias tan pequeñas, que no logren hacer ningún fruto!"

Pero, las gracias no se pueden llamar pequeñas sino relativamente; cualquiera gracia espiritual es algo precioso, vale más que el oro y que las piedras preciosas de la tierra.

¡Ah! yo pienso que una de las cosas más deliciosas que hay en la tierra y aún en el cielo, —en el cielo, naturalmente, después de la felicidad esencial de aquella morada divina—, es cooperar a la felicidad y a la santidad de los demás.

¿Qué cosa mejor podemos alcanzar con nuestros esfuerzos y con nuestros sacrificios, que llevar a las almas un rayo de luz, una chispa de amor, un impulso hacia el bien? ¿Qué cosa mejor podríamos comprar con nuestras

oraciones y con nuestros sufrimientos, que un destello de felicidad, un rayo de consuelo y de luz para los demás? Gracias pequeñas y gracias grandes, es una felicidad para nosotros poderlas alcanzar para las almas.

Tengo para mí que, después de la felicidad eterna en lo que tiene de esencial, una de las cosas en las que Nuestro Señor Jesucristo ha de gozar eternamente, ha de ser en la satisfacción divina de que todas las almas vamos a ser felices por Él. ¡Claro, eso es algo divino, que todos los bienaventurados van a ser eternamente felices por Jesús, por sus méritos, por su sacrificio, por sus humillaciones, por su muerte...! ¡Debe ser una felicidad inefable!...

Y nosotros, muy en pequeño, pero también podemos gozarla; si logramos cooperar a la salvación de una sola alma. ¡ya es mucho!

¡Qué satisfacción saber, si no ahora, allá en la eternidad, que con nuestros pobres esfuerzos y nuestras oraciones, hemos podido llevar un rayo de luz, una chispa de amor, un destello de consuelo a un alma siquiera!

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo de México.

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA
dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Tomo XXXI 1º de Septiembre de 1951 Núm. 369

Director: J. G. TREVIÑO
Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 12-31.
Teléfono 35-00-99 México 1, D. F.

SUSCRIPCIONES:
Por un año $ 5.00. — Número suelto, $ 0.45
En el Extranjero, un dollar U. S. A.

—A los agentes, descuentos especiales.—La persona que coloque 10 suscripciones, pago adelantado, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

La vida de unión con Jesús

SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY

EL PROJIMO

(Concluye)

AS no solamente a las personas del mundo, también a las almas consagradas, Mons. Gay les da esta enseñanza:

"Jesús no nos pide que nos abstengamos de todo afecto que no tenga por objeto a Él personalmente. Es muy celoso en un sentido; pero en otro no lo es, sino más bien amplio y magnífico. En materia de amor, sobre todo, es celoso de su soberanía; ni puede dejar de serlo. Debemos amarlo como Dios, lo que significa amarlo por encima de todo o de lo contrario no lo amamos. Es esta una **"gloria que no puede ceder a nadie (1)"**.

"Pero es tan poco celoso del amor que damos a las criaturas, que nos ordena amarlas a todas como nos amamos a nosotros mismos, lo que es un consejo suyo y una más grande perfección para nosotros. La caridad con que lo amamos a Él es la razón primera, el modelo, la fuente, el foco, el alimento del amor que les debemos tener. La grande y santa doctrina de "DIOS SOLO", de ninguna manera significa exclusión, sino subordinación. La exclusión impondría a nuestra alma una tarea imposible, sin hablar de la tortura peligrosa que infligiría a nuestro corazón".

"Pero, además, pretender que Dios lo exija y que así es glorificado, sería no sólo desconocerlo, sino un error y aún podría ser una herejía. Vivir **"sin afecto humano"** y sin corazón, como está escrito, es una de las señales que San Pablo da para reconocer los anticristos de los últimos tiempos (2): **"¡No permita Dios,** dice San Bernardo, **que así sean los cristianos (3)!"** Amemos sólo a

Dios, como Dios, puesto que sólo Él es Dios; pero también a las criaturas, porque son la obra y la imagen de Dios, nuestras semejantes, nuestras hermanas en la naturaleza, en la gracia y un día en la gloria, como lo esperamos".

"¡Oh, qué honor se le rinde a Dios cuando, reuniendo en nosotros todo lo que damos de amor a las criaturas, —más a unas, menos a otras, pero a todas un amor sincero—, hacemos de estos afectos como otras tantas gradas al trono del amor supremo, donde sólo Dios puede sentarse! Mira cómo las amo, podemos decirle. Sin embargo, ¿de cuál puedes estar celoso? —Dios se calla y está contento entonces, porque lo hemos comprendido".

"Así eran los santos, como una Santa Teresa, tan fiel, tan ardiente en la amistad y en todas las formas y medidas de los afectos legítimos. Una vez que su santo amigo, el P. Gracián, le pidió la gracia de que se dejara ver de Doña Juana —madre del P. Gracián— y le hablara en la reja abierta de su locutorio, ¿sabemos lo que le contestó? "**¿Abrir la reja a Doña Juana? ¡pero si le abriría mis entrañas!**" Y, sin embargo, ¿no amaba a Dios hasta estar dispuesta a sacrificarle todo al instante y con todo su corazón, y hasta a morir de amor por Él?"

"San Francisco de Sales, tan tierno en los afectos humanos, como El mismo lo confiesa, escribía ingenuamente: "**Soy tan humano como el que más**". Y al mismo tiempo declaraba, con el mismo candor, que si supiera que en su corazón había una sola fibra que no vibrara para Dios, la arrancaría sin tardanza".

"Amamos pues a Dios fielmente cuando lo amamos como Él quiere ser amado y no de otro modo; cuando lo amamos como Él, por Él y en Él, alejando con esmero, mortificando con valor, inmolando sin compasión, todo afecto que le desagrade. Y un afecto le desagrada desde que no es compatible con la pureza, la libertad, el progreso divino del alma y la perfección de la santa caridad. Esa fidelidad de nuestro corazón es la verdadera castidad; y esa castidad bendita por lo menos la tenéis vosotras, religiosas consagradas totalmente y para siempre (4)".

* * *

Tampoco autorizaba las inquietudes de las almas que sienten más vivamente los afectos naturales que los que tienen por objeto directo a Dios.

"No hay que extrañarse, escribía, de la desproporción que hay de ordinario entre la sensibilidad de nuestro amor por Dios y la del amor que tenemos por las criaturas. Son dos amores de órdenes diferentes y por eso son distintos sus afectos. Si viviéramos menos en la carne y en la sangre, el más pequeño grado de amor de Dios tendría sobre nosotros una eficacia más apreciable que la pasión más ardiente por una criatura".

"Pero, toda la vida espiritual no está todavía, sino en el estado de embrión; esas energías que Dios pone en nosotros y que son la realidad de nuestro ser cristiano, permanecen en estado latente. Operan, influyen, pero en un gran misterio. El sentido humano nada ve; la fe sola puede, con la ayuda de Dios, asegurar su existencia y esperar su progreso".

"Tengamos paciencia: todos esos gérmenes se desarrollarán; lo que somos en Jesucristo y por Jesucristo aparecerá y entonces veremos bien que lo que hay de más pequeño en el orden de la gracia es incomparablemente más grande que lo que hay de más elevado en el orden de la naturaleza".

"No somos del presente; el bautismo nos ha hecho emigrar a la eternidad por la parte más elevada de nuestro ser. Por eso los Libros Santos dicen que nuestra vida está oculta en Dios y que nuestra conversación debe estar ya en el cielo. Pero estamos allí sin tener conciencia o más bien sin tener la visión del cielo. Esa es la vida de fe de la cual dice Dios que viven los justos; y allí es donde quisiera tánto verte establecida".

"Has pasado la mayor parte de tu vida con un ideal humano, desde muchos puntos de vista respetable y relativamente elevado; comprendo el renunciamiento enorme que la sencillez, la pequeñez y la oscuridad cristiana imponen a tu vida. Nada es menos semejante a un héroe que ese pobrecito Niño reclinado en un poco de paja que nos ha sido dado como objeto de nuestras adoraciones y como nuestro modelo. Pero la grandeza que soñabas es falsa en parte, es frágil, es imperfecta. Dios, que te destinó a ver y a poseer su grandeza, te pide que renuncies a la otra y que cuentes bastante sobre la suya para estar absolutamente cierta que todo lo que no es Él es nada y que por esa nada que dejas te dará todas las cosas (5)".

* * *

Al mismo tiempo, ¡qué recompensas promete a los que traducen su amor por el prójimo con toda clase de servicios! ¡Qué felicidad para el alma, si sabe comprender lo que es ser llamada por Dios a hacer el bien en su lugar!

"¡Qué hermosa me parece tu suerte!, decía Mons. Gay a un alma dedicada a obras de celo. Aplicada a esa misión por estado, la gracia te ha adornado y enriquecido con todo lo necesario para cumplirla. ¡Qué bienhechora y santificante es para ti! Me gustas más así, que en la más tranquila de las soledades. Amas, sacrificándote más que gozando; y esta manera de amar ¡cuánto más segura y más profunda es que la otra! Mantén tu alma en la acción de gracias; de otra manera parecería que desconoces el don de Dios (6)".

El alma unida a Jesús debe prácticamente imitar a su Esposo divino, dando siempre amor, haciendo del amor su respuesta a todo y triunfando de todo por el amor.

"Demos siempre amor, escribía Mons. Gay; tratemos de que en toda circunstancia la caridad sea el móvil de lo que decimos y hacemos. Poca cosa es no obrar contra la caridad. Es necesario no obrar nunca fuera de ella ni sin ella. O bien, demos amor o por lo menos demos por amor. Haremos siempre el bien, si somos interiormente benevolentes. Para hacer el bien bastan otras virtudes que no son la caridad; por ejemplo, la fe, el temor de Dios, el amor concienzudo del deber, la ambición de adquirir mayores méritos: todo eso es bueno y muy bueno; sin embargo, nada vale tanto como la caridad; "**es más grande que todo (7)**", dice San Pablo, mejor que todo, por consiguiente; da más valor a las cosas, tanto ante Dios como ante los hombres".

"Lo demás viene de la conciencia y no compromete a la voluntad; el amor viene del corazón y lo compromete. La bondad, tan preciosa como es, se encuentra lejos aquí. Ninguno de los aspectos bajo los cuales he dicho que la fe nos muestra al prójimo no está de más para elevar el alma a esas alturas de la caridad cristiana. No podemos llegar a dar siempre amor a nuestros semejantes, que yendo más allá de su personalidad y viviendo más alto que ella. La obra no es fácil. No es, sin embargo, pedir demasiado a una religiosa, ni siquiera a una cristiana".

"San Pablo nos aconseja que "**tengamos nuestra conversación en el cielo (8)**". Que para nosotros ese cielo sea el Corazón de Jesús y establezcámonos allí como en

nuestra verdadera morada. Así nuestro trabajo será más llevadero. ¿No nos invita Jesús a seguir este consejo cuando te dice "**Permaneced en mi amor (9)**"? Si nos invita, es que nos lo ha hecho posible; y verdaderamente es demasiado dulce para que no se haga pronto fácil. La sola fidelidad en mantener en nosotros la caridad y en manifestarla dando siempre amor a todo el mundo, es seguramente uno de los caminos más seguros, de los más rectos, de los más cortos para llegar a la santidad. Un corazón constantemente unido al de Jesús se llenará como inevitablemente de la savia que produce ese fruto y será casi sencillo cuando el amor sea nuestra respuesta a todo".

"Dar siempre un verdadero amor al prójimo, aun cuando sea amigo y agradable, es ya una muy alta virtud. Pero, si el prójimo no deja de ser a los ojos de la fe el objeto de un legítimo amor, nadie ignora que con demasiada frecuencia la naturaleza, tal como está en él, no lo hace amable. Es necesario contar en este mundo con los extravíos de la libertad creada, es decir, con los pecados y las fechorías de todo género a las cuales viene a unirse la innumerable variedad de los defectos, los del espíritu, los del corazón, los del cuerpo, los del carácter. Esto constituye un hecho universal; pero ese hecho no cambia nada a la ley ni debilita en nada el consejo. Lo he dicho: por su naturaleza misma, que es divina, la caridad es superior a todo lo humano; no debe por tanto sufrir ni su imperio ni aún su acción. Eso brilla en la vida de Jesús, eso debe brillar en la nuestra".

* * *

"Aun a lo que no es amor, sólo debe responder el amor. Es en nosotros el sol que brilla sobre los buenos como sobre los malvados, la lluvia que riega los campos espinosos del injusto, como los campos benditos del justo (10). Escuchemos cómo responde Jesús a los fariseos, a los saduceos, a los herodianos, a todos los que lo tientan y en el fondo lo detestan. De la misma manera nosotros también, si el prójimo se olvida de las consideraciones que nos debe, si su mirada o su palabra nos hieren, si nos hace un reproche que no hemos merecido, si llega aún a acusarnos de un acto indigno y que nos horroriza, refrenemos bien el corazón, antes de hablar apacigüemos sus

efervescencias, calmémonos pensando en Jesús; y después, en el espíritu de Jesús, demos una respuesta de caridad, como el heroico obispo de Ginebra, que respondió a un hombre furioso que lo injuriaba y amenazaba: **"Señor, aún cuando me arrancara un ojo, no me impediría que bondadosamente lo mirara con el otro".**

"A veces hemos aconsejado a ciertas almas, a quienes la resignación en la prueba parecía inaccesible, que fueran más allá de la resignación y que se esforzaran en llegar hasta la acción de gracias. Sucede en efecto, que esa clase de esfuerzos rompen violentamente de un solo golpe las trabas más o menos numerosas de las que hasta entonces no nos habíamos podido desprender; hacemos entonces lo que es más perfecto más fácilmente que lo que es menos perfecto".

"Hay lugar de decir aquí algo análogo; no contentos con no desear mal a quien nos desprecia, nos contradice o nos daña; no limitándonos a arrojar de nuestro corazón todo fermento de amargura; vayamos hasta hacer por ese prójimo un acto positivo y ferviente de caridad interior que se traduzca francamente y desde luego al exterior. Nos costará menos trabajo con frecuencia que abstenernos de contestarle mal: ¡y qué paso en la caridad, qué progreso en la unión con Dios vale para nosotros uno de esos actos tan cristianos y valerosos que podemos llamarlos sobrehumanos!"

"Obrar así es ya triunfar de todo por el amor, lo que es una manera eminente de **"volver bien por mal (11)"**, como Jesús lo pide, y de **"vencer al mal por el bien"**, como San Pablo nos exhorta a hacerlo. Nuestra caridad vencerá entonces al mal; en nosotros desde luego, porque así dominaremos una de las más fuertes tentaciones que pueden apoderarse de un alma; haremos más que si mandáramos al mar y a los vientos; más que si obráramos milagros: doblegaremos regiamente la naturaleza bajo la gracia; tendremos a nuestra cuenta una de esas santas **"violencias que arrebatan el reino de Dios (12)"**; honraremos, glorificaremos y regocijaremos a Nuestro Señor".

"Nuestra caridad, además, vencerá el mal en sí mismo, en el sentido de que el acto que nos ha inspirado hará con frecuencia más que compensar ante Dios la ofensa que le causó la mala obra de nuestro hermano".

"En fin, nuestra caridad vencerá el mal en el prójimo, multiplicando las oportunidades de conmover y de

convertir su corazón a fuerza de edificar su alma. San Pablo llama a esto "**amasar carbones sobre la cabeza de otro (13)**".

"Todo lo que hemos dicho es muy elevado y por consiguiente muy difícil, pero ¡nuestro Evangelio es tan claro, nuestros sacramentos tienen tan grande virtud! Si la gracia es libre en nosotros, ¡se hace tan poderosa! ¡Jesús, que camina bajo nuestra mirada, es para nosotros tan atractivo, tan persuasivo, tan decisivo! ¿Qué podemos rehusarle, cuando vemos que da todo, que nos da todo a nosotros, que da o quiere dar todo también a ese prójimo que ama (14)?"

* * *

El gran medio para lograr éxito en esta empresa es ver a Jesús, siempre amable y bueno, en la persona del prójimo.

"Tus repugnancias son naturales —escribía a una de sus hijas—, y no te preocupes de ellas; solamente procura dominarlas. Sabes, como yo, el secreto: es el amor. Dices: ¡Ah, si se tratara de X! Y yo te digo: se trata más que de X, se trata de Jesucristo. Escucha lo que dice: "Todo lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, a mí es a quien me lo hacéis". "Estaba desnudo y me cubristeis; tenía frío y me calentasteis; estaba enfermo y me curasteis". "Estaba en medio de vosotros, y a causa de vuestros pecados —cuya semejanza y vergonzosos estigmas llevo—, era como un leproso, sin esplendor, sin hermosura, y en tal estado de miseria, que mis mismos parientes tenían asco de mí, y mis amigos volvían la cabeza, y mis discípulos huían".

"Sin embargo, vosotros me habéis mirado tan bien que me habéis reconocido. Y como no me conocisteis según los ojos de la carne, me habéis visto según el espíritu y os ha sido claro que, a pesar de estar desfigurado por el amor, seguía siendo el más hermoso de los hijos de los hombres y verdaderamente la hermosura misma. Por eso entraréis en mi gozo, gozaréis de mis ternuras y seréis inundados con mi gloria".

"Repítete estas cosas o más bien escucha a Jesús que te las dice y entonces los caminos tortuosos se rectificarán, se aplanarán los montañosos y el sol de la verdad, dorando todas las cosas, si el viaje sigue siendo un viaje,

es decir, un trabajo, por lo menos la amargura y el exceso desaparecerán (15)''.

Agreguemos que esa mirada fija sobre el Salvador en la práctica de la caridad, hace más fructuoso el ejercicio de esa virtud para los que son objeto de ella.

''Es necesario sin duda, hija mía, decía Mons. Gay a una religiosa, aplicarte a tu obra exterior; pero, en la voluntad de Dios la obra exterior no debe ser sino una efusión sobre el prójimo de tu plenitud interior. Tal era la obra de Jesús. Llénate de él y todo el que se te aproxime beberá como en una fuente de agua viva. Sé el sacramento de Cristo y darás a Cristo. Que Cristo sea la abundancia de tu corazón y tus labios hablarán de esa abundancia. El sagrario no está lleno de hostias sino porque la Hostia ha sido inmolada sobre el altar. Amada hija, todo lo que es santo es grave, a lo menos por el lado que mira al tiempo y nos obliga a hacer lo que hemos visto; pero en Jesús, que es nuestra fuerza, podemos todo, y el amor nos asegura a Jesús. ¿Qué es lo que nos separará de ese amor que Dios nos manifiesta y que nos entrega en Jesús? Nada, ¿no es verdad? Nada del infierno, ni de la tierra, ni del cielo (16)''.

SEMINATOR CHRISTI.

NOTAS

(1) Is., XIII, 8. — (2) II Tim., III, 3. — (3) Serm. de XII Stellis. — (4) Instruction en forme de retraite, p. 358-361. — (5) 1e. série, p. 99-100. — (6) 1e. série, p. 385. — (7) I cor., XIII, 13. — (8) Philip., III, 20. — (9) Joann., XV, 9. — (10) Matth., V, 45. — (11) Rom. XII, 20. — (12) Matth., XI, 12. — (13) Rom., XII, 20. — (14) Instruction, p. 588-593. — (15) 1e. série, p. 92.— (16) 3e. série, p. 268-269.

La Soledad de María Después de la Ascensión

MARIA Y EL VIACRUCIS

A habido santos que vivieron, por decirlo así, al pie de la cruz. El recuerdo de Jesús crucificado les era tan familiar que casi no lo perdían de vista. ¡Cuántas veces los encontraban arrodillados, con los brazos en cruz, con el rostro bañado en lágrimas, gimiendo, suspirando, hablando a Nuestro Señor, que parecía renovar ante sus ojos las crueles escenas de su muerte!

Así, por ejemplo, Catalina de Sena, Magdalena de Pazzis, Bernardo de Claraval, José de Cupertino, pero sobre todo Francisco de Asís, que de tal manera se había identificado con Jesús Crucificado, que se había convertido en un crucifijo viviente. Así como Moisés, al descender del Sinaí, llevaba en su rostro algo de la majestad de Dios con quien había conversado; así Francisco, durante sus visiones del Alvernia, recibió

tan grande semejanza con Jesús Crucificado, que se grabaron sobre su carne mortificada los sagrados estigmas.

Si los amigos de Jesús han llegado a producir en su corazón y en su cuerpo una imagen tan viviente de su crucifixión, ¿qué decir de los que tuvieron el dolor y la fortuna de asistir a ella? ¡Qué recuerdo! ¡qué espectáculo! ¡cómo su memoria debe haberlos llevado con frecuencia al Calvario ante la cruz de Cristo!

Por eso comprendemos sin dificultad que Magdalena, por ejemplo, haya vivido 30 años en la soledad de Sainte-Baume dedicada a llorar la muerte de su Maestro. Todo lo había visto con sus propios ojos, y había escuchado al Salvador cuando exhaló su último suspiro, y lo había embalsamado con sus propias manos.

Sin embargo, Magdalena no era la Madre de Jesús. ¡Ser madre y asistir al suplicio de su Hijo y de su Dios! ¡Estar allí en los momentos en que expiró en la cruz! ¡Ver cuando el soldado traspasó su Corazón con la lanza! ¡Recibir su cuerpo inanimado en sus brazos! ¡Estar presente a su sepultura! ¡Qué suplicio! ¡qué martirio!...

Sin duda que después de tántas torturas, María tuvo su hora de dicha cuando Jesús la visitó después de su Resurrección, cuando escuchó a los ángeles cantar el "**Regina caeli, laetare!**", cuando Jesús, vencedor de la muerte, subió triunfante a los cielos. Pero una vez que se alejó Nuestro Señor de la tierra, el recuerdo de su Pasión ¡con qué frecuencia venía a asediar su corazón! ¡Cuántas veces, humildemente sentada en su habitación del monte Sión, debió reconstruir en su mente las escenas de la Pasión de Jesús! ¡Cuántas veces, mientras trabajaban sus manos, silenciosa y pensativa, iba en espíritu del Pretorio al Calvario! ¡Cuántas veces debió sentirse al pie de la cruz, repitiendo cada una de las últimas palabras de su Hijo moribundo!

Hablando de la escena del Calvario, la Sma. Virgen dijo a Santa Brígida: "**Jesús me miraba, y yo lo miraba...: ¡y mientras Él vertía por sus llagas toda la sangre de sus venas, yo derramaba por mis ojos toda la sangre de mi corazón!**" Tal es el espectáculo que se desarrolló ante el espíritu de María durante los largos años de su soledad, después de la Ascensión de su Hijo a los cielos. En esos momentos crueles, en que se alimentaba de tristeza y de lágrimas, se levantaba e iba a contemplar

las reliquias venerables que sus amigos recogieron para Ella en el Calvario.

Es necesario repetir lo que ya hemos dicho: Lázaro, Magdalena, Marta, Nicodemo, José de Arimatea, todos los amigos de Jesús y de María eran ricos y de una ferviente fe; por eso, después de la sepultura de Jesús, se apresuraron a comprar a los soldados y a los verdugos de Cristo los instrumentos que habían servido para torturarlo: la esponja con que había sido abrevado, la lanza que lo había herido, sus vestiduras, la corona de espinas, los clavos, todo era para ellos de inestimable valor. En cuanto a los lienzos y el sudario con que lo habían sepultado, los ángeles mismos les habían enseñado a venerarlos. Pedro y Juan los encontraron doblados y puestos a parte en el sepulcro de Cristo; no tuvieron más que inclinarse para recogerlos.

Todos esos objetos sagrados formaban ahora un rico tesoro; y María era la primera en disfrutar de él. Gustaba contemplar esos testigos sangrientos de la muerte de su Hijo; gustaba cubrirlos con sus besos y bañarlos con sus lágrimas. ¿Qué madre no hubiera hecho lo mismo? Si una mujer pierde a su hijo en el campo del honor y le llevan la bala que lo hirió, su uniforme ensangrentado, los fragmentos de su espada...; esa mujer encontrará una dicha amarga en contemplar esos restos gloriosos, y centenares de veces los llevará a sus labios para besarlos. Así en "**la Commune (1)**", los amigos y los parientes de nuestros mártires compraron el triste mobiliario de su prisión, sus vestidos cubiertos de sangre y de lodo y hasta la carreta en que fueron arrastrados sus cadáveres.

* * *

La piedad cristiana ha ido más lejos en sus exploraciones y busca y encuentra a María en el camino doloroso del Gólgota. Un gran escritor dice que los lugares en que hemos sido felices o desdichados, nos atraen siempre como un imán irresistible: la casita en que nacimos es para nosotros un palacio; y la habitación donde murió nuestra madre es un santuario.

Desde que la Sma. Virgen organizó su humilde vida después de la Ascensión de su Hijo, la visita al Calvario

fué uno de los ejercicios más habituales de su religión maternal. Sin duda que María no asistió personalmente a las primeras escenas de la Pasión de Jesús; pero allí estaba Juan, que había seguido a Jesús muy de cerca desde el Cenáculo hasta el Calvario, para describirle todos los detalles.

María, apoyada en San Juan, tomaba pues el camino de Getsemaní; llegaba al jardín que Jesús prefería, penetraba bajo la sombra de los olivos seculares. "**Aquí es el lugar**, decía Juan a María, **donde me dejó con Pedro y Santiago; esta es la gruta donde entró para orar y de donde lo vimos salir tres veces con el rostro cubierto de sangre. Este es el sitio donde fué preso y atado y donde Judas le besó el rostro**".

Tomaban después el mismo camino que siguieron los soldados llevando a Jesús preso y se dirigían hacia el palacio de Anás y de Caifás. "**Por esta puerta**, decía Juan, **hice entrar a Pedro; y este es el patio donde se detuvo para saber más pronto cómo se desarrollaban los acontecimientos; por esta escalera Jesús descendió de la casa del gran sacerdote y aquí fué donde estuvo preso el resto de la noche**".

El Apóstol conducía en seguida a María al Palacio de Pilatos y le mostraba el lugar elevado desde donde el gobernador presentó a Jesús a la multitud, exclamando: "**¡He aquí al hombre!**"; la galería donde Pilatos se lavó las manos y entregó a Jesús para ser crucificado; el atrio donde Jesús fué flagelado y escupido; el lugar donde pusieron sobre sus hombros la cruz.

Y caminando siempre, llegaban al lugar mismo en que María encontró a Jesús con la cruz a cuestas. ¡Ya no tenía necesidad de que San Juan la siguiera informando! La Madre y el discípulo confundían en adelante los recuerdos: cada piedra del camino, cada sinuosidad de la colina, les recordaba un sufrimiento, un gemido de Cristo, una blasfemia de sus verdugos.

Llegados a la cumbre del Calvario, se arrodillaban y besaban la tierra que Jesús había hollado cuando, despojado de sus vestiduras, esperó que lo extendieran sobre la cruz. Iban después al lugar mismo donde se plantó la cruz y se colocaban en el lugar que ocuparon durante la agonía del Señor.

De rodillas, en un silencio lleno de lágrimas, escuchaban todavía a Jesús que les decía: "**¡Mujer, he allí a tu**

Hijo!"; y al discípulo: "**¡He allí a tu Madre!**" Después, María se levantaba, iba a venerar la piedra en que recibió el Cuerpo de Jesús para embalsamarlo y finalmente penetraba en el sepulcro para orar en el mismo lugar donde depositó el Cuerpo sagrado.

Hasta el fin de su vida María no dejó de recorrer el via crucis. Algunas veces Magdalena o alguna de sus amigas que habían asistido a la muerte de Jesús la acompañaban en este piadoso ejercicio. Pero con mayor frecuencia iba sola, seguida a lo más y muy de lejos por algunos fieles que la habían reconocido y que, al mismo tiempo que respetaban su dolor, se sentían dichosos de honrar el recuerdo de la Pasión de Jesús en compañía de su Sma. Madre.

* * *

La Iglesia ha hecho, pues, muy bien en establecer en el universo católico la devoción del via crucis. Esta devoción nos debe ser muy familiar y la debemos practicar con frecuencia. Cuando seguimos el via crucis, nos transportamos a Jerusalén, subimos al Calvario y nos arrodillamos en el sepulcro de Cristo.

Comprendemos a los cristianos que en los primeros siglos de la Iglesia edificaban en torno de Jerusalén ermitas y monasterios para tener la dicha de acabar allí sus días. Creían esos grandes corazones que ningún lugar de la tierra era más a propósito para morir que aquel en que murió Jesús mismo.

Comprendemos también el entusiasmo que se apoderó de los pueblos de la Edad Media y que durante dos siglos arrojó sobre las costas de oriente millares de cruzados, venidos de todas partes, para arrebatar el sepulcro de Cristo de las manos de los hijos de Mahoma. Lo que tuvieron que sufrir en esas peregrinaciones guerreras es increíble; pero ¡qué les importaba! El día en que contemplaban los muros de la Ciudad Santa olvidaban todo. "**¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡y después morir!**" Tal era su grito, tal era su esperanza suprema. Sólo la fe produce semejante entusiasmo. Cuando creemos en la muerte de un Dios hecho hombre, estimamos que la tierra que bebió su Sangre es como el paraíso en el destierro.

Instituyendo la devoción del via crucis, la Iglesia nos ha querido hacer participantes de la dicha de nuestros

padres; nos ofrece las indulgencias que prometía a los ejércitos de los cruzados y las que van a ganar, a través de mil fatigas, los peregrinos de Tierra Santa.

Hagamos, pues, el via crucis con fervor; hijos de María, al recorrer el camino de los sufrimientos de Jesús, aprendamos a encontrar las huellas de nuestra Madre: María pasó por ese camino; María oró en esos mismos lugares que veneramos siguiendo sus huellas.

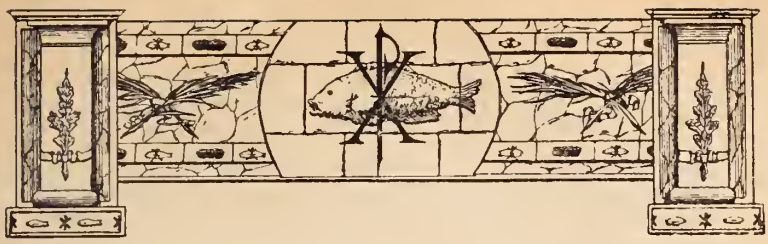
No solamente en la IV Estación, en que honramos el encuentro de Jesús y de María, hemos de recordar a esa Madre Dolorosa, sino durante todo este ejercicio. Del Pretorio de Pilatos al sepulcro de Jesús, en todas partes María nos ha dejado sus plegarias, sus lágrimas, su más tierna compasión.

No dejemos tampoco de unirnos en espíritu a San Juan, a Magdalena y a todas las que acompañaron a María en el Calvario. Pidamos a esas Santas que nos obtengan algo de los sentimientos de contrición y de amor que llenaron sus corazones al recorrer la Vía Dolorosa en pos del Hijo de Dios (2).

NOTAS

(1) La "*Commune*" fué una insurrección de carácter comunista y antirreligioso que tuvo lugar en París, de marzo a mayo de 1871, en la que fueron fusilados Mons. Darboy, Arzobispo de París, numerosos eclesiásticos y no menos de 35,000 seglares.

(2) Perdreau, "*Les Dernières Années de la Trés Sainte Vierge*".



ESPIRITU DE FE

"El justo vive de fe (1)"

PUESTO que nuestro ideal debe ser Jesús, debemos esforzarnos en reproducir en nuestra persona, en cuanto sea posible, la imagen de Jesús. **"Que Cristo habite por la fe en nuestros corazones (2)"**.

Seamos transparentes... Irradiemos la Presencia divina... Comuniquemos a Dios con nuestros actos y con nuestros hechos.

¿En qué consiste el espíritu de fe?

—En una convicción tan profunda y tan viviente de las verdades de la religión, que quien la posee piensa siempre, más o menos, en esas santas realidades, de manera que tienen influjo predominante en sus actos.

De tal manera lleva el justo en sí mismo esta influencia santificante, que la fe viene a ser el motor de sus acciones; por eso ve a Dios en todo y está dispuesto a adorar a Dios en la autoridad —a adorar a Dios en el prójimo—a adorar a Dios en su propia persona—a adorar a Dios en todas las circunstancias.

1) **Adorar a Dios en la autoridad.**—Podemos encontrar a Dios en el superior más perfecto, como podemos encontrarlo en el superior imperfecto.

Encontrar al hombre en el superior nos será siempre nocivo, como encontrar en él a Dios nos será siempre provechoso.

2) **Adorar a Dios en nuestros semejantes.**—No adoramos el sagrario, sino a Dios que en él se encierra; de la misma manera, no se trata de venerar a nuestros prójimos, sino a Dios en ellos.

¿No soportaríamos mejor los defectos del prójimo, si no nos detuviéramos tanto en el hombre?

Nuestras diferentes maneras de obrar según las diferentes personas, según que nos simpaticen o repugnen, ¿no es una prueba evidente de nuestra falta de fe?

3) **Adorar a Dios en nosotros mismos.**—Si nos fijáramos más en que nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, ¿no pondríamos más cuidado en guardar nuestra alma pura? Es como el sagrario de Dios donde mora por la gracia santificante.

La dicha de poseer este don divino es tan grande que, en cierto sentido, podría compararse con la dicha de la Maternidad divina de la Santísima Virgen.

4) **Adorar a Dios en todas las circunstancias.**—Viendo a Dios en todo, cortamos el camino a todo mal humor, melancolía y descontento.

Una vez más, "**Alegrémonos siempre en el Señor (3)**". ¡Alegrémonos! tal debe ser nuestro constante ideal, si queremos tender a la vida de fe, porque esta vida nos proporciona siempre mayor alegría. Aun en el sufrimiento, nuestra alma puede estar en la paz y nuestro corazón en el gozo. "**Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones (4)**".

Como el alma es el motor de los movimientos del cuerpo, así el espíritu de fe inspira todo a lo largo de su vida al verdadero cristiano, todas sus palabras, todos sus actos y hasta sus actitudes mismas.

Todo el que se le acerca, siente que en él arde el fuego del Corazón de Dios y que le comunica su amor; y se calienta y refresca, y se ilumina, consuela y fortifica. Por todas partes derrama el perfume de la presencia divina y "**por todas partes pasa haciendo el bien (5)**".

"**Ya no es él el que vive, sino Cristo quien vive en él (6)**".

Este espíritu de fe nos santifica, por la influencia que ejerce sobre nuestros pensamientos, nuestras inclinaciones y nuestras obras.

Pone la verdad en nuestros pensamientos, la santidad en nuestras inclinaciones y confiere mérito aun a las acciones más indiferentes.

La esencia de la santidad es la fe, el amor y el sacrificio. Por eso en todos los acontecimientos, sobre todo en los adversos, repitamos: "**¡Es el Señor! (7)**" —O bien: "**Todo por ti, Jesús mío**". O como San Luis Gonzaga: "**¿De qué me servirá esto para la eternidad?**"

La casualidad, el destino, la suerte, no existen; lo que existe es la Providencia de Dios que todo lo ordena. Envolvamos con la luz de la fe todos los acontecimientos y prosigamos valientemente nuestro camino: "**Succincti ergo fide, pergamus itinera nostra!**" (8)

NOTAS

(1) Rom., I, 17. — (2) Ephes., III, 17. — (3) Philip., IV, 4. — (4) II Cor., VII, 4. Ps., XXXII, 4. — (5) Act., X, 38. — (6) Galat., II, 20. — (7) Joann., XXI, 7. — (8) Van der Heyden, O. C. R., "CHARITE EN TOUT".

"HACIA EL DIVINO PADRE"

por el R. P. J. Padilla, M. Sp. S.

Ensayo sobre la espiritualidad del R. P. FELIX DE JESUS ROUGIER, Fundador de los Misioneros del Espíritu Santo.

Consta de 5 partes y 25 capítulos.

Un volumen de 21 x 14 cms. y 200 páginas, $ 7.50 rústica.

ADMINISTRACION DE

"LA CRUZ"

APARTADO POSTAL 1580 MEXICO 1, D. F.

NUESTRAS CONFESIONES

NO de los fenómenos más inquietantes y más dolorosos de la vida espiritual es el abuso de las gracias. Dios nos las prodiga y nosotros no las aprovechamos. Por eso dice el P. Faber:

"La multiplicación de todas las gracias —confesiones, comuniones, misas, etc., —hace de nuestra vida casi un milagro, prolongado e incomprensible. Y, a pesar de ellas, encontramos la manera de hacer que nuestra vida sea trivial, vulgar, pueril, desprovista de todo carácter divino..."

"Una gracia perdida, perdida queda para siempre. Una gracia rechazada, detiene a las demás".

"Toda gracia que no nos hace mejores nos deja peores; si no nos ablanda, nos endurece".

"Podrían haberse hecho muchos grandes santos únicamente con las gracias que hemos recibido: ¡y nosotros que las recibimos no lo somos!"

Donde se nota de una manera más lamentable este abuso, es en la manera como recibimos el sacramento de la Penitencia. Sin hablar de los que encuentran la muerte donde debieran encontrar la vida —por el sacrilegio—, consideremos si no nuestras confesiones, las confesiones de los que nos llamamos *"fieles"*.

Nos confesamos con frecuencia y, sin embargo, ¿no seguimos siendo lo que somos?... ¿Esas confesiones acompa-

ñadas de tántas gracias nos han hecho progresar?...

Hay aquí un misterio que profundizar, una investigación que hacer. Tengamos el valor de ver las cosas fríamente y, poniendo en paralelo la grandeza del medio y la pequeñez del resultado, debemos lógicamente concluir que debe haber algo que reformar.

Después de haber subrayado brutalmente el hecho, busquemos las causas.

I.—ALGUNOS PRINCIPIOS

La santidad depende menos de lo que hacemos que de la manera como lo hacemos. No consiste tanto en hacer cosas extraordinarias, como en hacer extraordinariamente bien las cosas pequeñas. Aquí, sobre todo, lo principal está en *el modo.*

Si estudiamos la trama de la vida de los grandes santos comprobaremos que hicieron poco pero muy bien;

que no fueron atareados, febriles, como nosotros; sino que hicieron muy bien lo que tenían que hacer;

que hacían pasar a Dios y su culto antes que todo, reservándose momentos considerables para atender a sus almas;

que a muchos de ellos les bastó una idea fija para santificarse. El rasgo saliente de su santidad fué el de una extremada sencillez.

Y nosotros vivimos en la multiplicidad de medios de devoción que se devoran mutuamente y se destruyen entre sí. En lugar de aplicarnos al presente, vivimos sobre todo en el futuro. Saboteamos con frecuencia los mejores medios de santificación, por ese apresuramiento morboso que ponemos con frecuencia en las acciones más santas.

"Nos tragamos las gracias sin masticarlas y no extraemos sino la mitad de lo que Dios ha puesto en ellas de dulce, de nutritivo y de medicinal". (P. Faber).

Ahora bien, si un pequeño número de acciones comunes hechas con perfección bastan para hacer a un santo, ¡a qué grado de santidad hubiéramos llegado, si hubiéramos sido fieles en confesarnos siempre lo mejor que nos fuera posible, aportando a la recepción del sacramento de la penitencia las disposiciones requeridas!

Para convencernos mejor de ello, tratemos de poner de relieve la importancia y el valor de la confesión, considerada desde el punto de vista sobrenatural.

(Continuará)

OBRAS

del Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez

ARZOBISPO PRIMADO DE MEXICO

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"EL ESPIRITU SANTO".—3ª Edición.—Tiene 4 tratados: I.—*La verdadera devoción al Espíritu Santo.* II.—*Los Dones.* III.—*Los Frutos.* IV.—*Las Bienaventuranzas.*—Con 420 páginas, $ 12.00.

"JESUS".—3ª Edición.—Páginas admirables sobre la fisonomía de Jesús.—Tiene 4 partes: I.—*Las enseñanzas de Jesús.* II.—*La transformación del alma en Jesús.* III.—*El interior del Corazón de Jesús.* IV.—*El descanso divino.*—$ 7.00.

"LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO".—Obra de grande originalidad, que nos presenta la pureza a través del ciclo litúrgico. Contiene además "Espigas litúrgicas", o sean varias elevaciones sobre las diferentes etapas del ciclo litúrgico.—Con 238 páginas, $ 4.00.

"SANTA MARIA DE GUADALUPE".—2ª Edición.—Magnífico comentario sobre las palabras de la Santísima Virgen en el Tepeyac. —Contiene además varios artículos guadalupanos.—Con 224 páginas, $ 4.00.

"A PROPOSITO DE UN VIAJE".—3ª Edición.—Notas personales e impresiones íntimas llenas de unción divina y de arte exquisito, a propósito de un viaje por América, Europa y Asia, $ 5.00.

"EL SACERDOTE", "*Misterio de Amor*".—Páginas llenas de elocuencia y de unción, de ideas profundas y luminosas sobre el sacerdocio católico.—Con 305 páginas, $ 6.00.

"ALMAS PROCERES".—Sugestivas monografías de algunas almas escogidas, $ 4.50.

"VIDA ESPIRITUAL".—Es la 2ª Edición de "Simientes Divinas" notablemente aumentada de 190 a 344 páginas, $ 7.50.

"LA INTIMIDAD CON JESUS".—Trata de la unión e intimidad con Jesús mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.—Un volumen de 280 páginas, $ 8.00 rústica.

"SECRETS OF THE INTERIOR LIFE".—Versión autorizada de "*Simientes Divinas*". Traducción del R.P. Beutler, C.M.—B. Herder Book Co.

"EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION".—Pequeño tratado sobre la oración.

"APUNTES PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL ARZOBISPADO DE MORELIA por el M.I. Sr. Cngo. Lic. D. Juan B. Buitrón. —Prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo de México.—Un volumen de 24 x 17½ cms., de 344 páginas, en magnífico papel biblios, con numerosos grabados y carátula a colores: Precio de propaganda: $ 15.00 rústica, $ 17.50 tela.

Editorial "LA CRUZ", Apdo. 1580. — México 1, D. F.

Descuentos para libreros, agentes y suscriptores de "La Cruz".

OBRAS del Padre J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"LA EUCARISTIA".—5ª edición.—Meditaciones sobre la Eucaristía, 232 páginas, $ 5.50. — Traducciones en inglés, francés, italiano y holandés.

"CONFIEMOS EN EL".—4ª edición.—Reflexiones para despertar la confianza en Nuestro Señor. 274 páginas, $ 6.00.

"MADRE".—4ª edición.—Págs. sobre la Sma. Virgen en su misión tan consoladora de Madre de todos los hombres, $ 4.00.—Traducción en holandés.

"SENDEROS DE LUZ".—2ª edición, $ 6.00.

"SENDEROS DE PAZ".—2ª edición, $ 5.50.

"SENDEROS DE AMOR".—2ª edición, $ 5.25.

Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todos los fieles.

"LA MUJER".—2ª edición.—Expone la noble y elevada misión de la mujer. 200 páginas, $ 4.00.

"SI QUIERO, PUEDO SER SANTO".—2ª edición.—La Santidad está al alcance de todos. 234 páginas, $ 6.00.

"HACIA LAS CUMBRES".—2ª edición.— Páginas de heroísmo para la niñez y la juventud, $ 4.00.

"EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO".—La Acción del Espíritu Santo en las almas, $ 4.00.

"PERFUMES LITURGICOS".—Para asimilarse el Espíritu de la Iglesia, siguiendo el Ciclo Litúrgico. 350 páginas, $ 7.00.

"PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD".—Disipa los errores en el camino de la perfección. 278 páginas, $ 6.50.

"ESCONDIDA SENDA".—Páginas sobre la vocación y la vida religiosa. 266 páginas, $ 5.25.

"VIDA".—Reflexiones sobre la vida de la gracia y la vida de la gloria. $ 4.00 rústica.

"SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD".—Traducción del francés.—La santidad al alcance de todos. $ 5.50 rústica.

"ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA".—Su vida — sus obras — sus pruebas.—2ª edición corregida y aumentada, $ 4.50.

"UN ALMA SACERDOTAL".—Su fisonomía — sus escritos.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera del texto, $ 5.00.

"LA SONRISA DE UN ALMA".—Biografía edificante. Agotada.

"LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ".—Su vida — sus fines — su oportunidad. (Agotada).

"UN APOSTOL DE LA CRUZ".—Concepción Cabrera de Armida.—Su vida — su espíritu — sus obras.—Prólogo del Exmo. Sr. Martínez, Arzobispo de México.—330 páginas y 20 grabados fuera del texto. Rústica, $ 8.00: encuadernación especial, $ 10.00.

"LA HOSTIA SANTA".—Meditaciones sobre la Eucaristía.

EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO. — Instrucciones sobre la Confesión. $ 0.75.

EL SACRAMENTO DE LA UNION DIVINA.—Instrucciones sobre la Comunión. $ 0.75.

BREVE NOTICIA DE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO.—Sus Fines, su Organizacion, sus Actividades, su Historia, su Espíritu. 11 x 22 cms. $ 2.00.

"YO LA MATE...!"—Drama en 5 actos. 2ª edición. $ 1.25.

"DOS NAVIDADES".—Drama en 7 cuadros. 2ª edicion, $ 0.50.

"DUERME NO LLORES".—Villancico, letra y música. Se requiere para el drama anterior, $ 0.85. Tomando los dos, $ 1.25.

"TRILUDIO GUADALUPANO".—3 cánticos populares, $ 1.75.

"SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ".—$ 2.00.

NUEVO METODO PARA REZAR EL ROSARIO. — MACRUCIS.—El ciento de cada uno, $ 8.00.

Todos estos libros pueden venderse empastados en tela, con un aumento de $ 1.50 neto.

DE VENTA: Apdo. Postal 1580 - México 1, D. F.

Descuentos para libreros, agentes y suscriptores de "La Cruz".

ACABA DE APARECER:

"La Hostia Santa"

por el Padre J. Guadalupe Treviño,
Misionero del Espíritu Santo.

Consideraciones sobre la Eucaristía, que pueden servir para Horas Santas, Visitas al Santísimo, meditaciones, lecturas, etc.

Contiene XII Capítulos cuyos títulos dan alguna idea del contenido de ese libro: **Lo que la Hostia contiene — Las riquezas de la Hostia — Las maravillas de la Comunión — La vida de Jesús en la Hostia — El Don de Dios — La Eucaristía y las exigencias del Amor — El Corazón que nos comprende . . . — Dos Blancuras — La Eucaristía y el Sacerdocio — Donde encuentra Dios sus delicias. — Epílogo.**

Un volumen de 18 x 12 cms. y 140 páginas, $ 3.50 en rústica y $ 4.50 empastado; precio de propaganda.

APARECERA PROXIMAMENTE:

"El Espíritu Santo y la Oración"

Por el Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez,
Arzobispo Primado de México.

Tratado muy práctico sobre la Oración.

HAGANSE LOS PEDIDOS
a la Administración de "LA CRUZ"
Apartado postal 1580.
México 1, D. F.

IMP. ALDINA

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01470 5562